

ROGER WOOLHOUSE, *Locke. A Biography*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007. 528 páginas.

Dada la peculiaridad del género de la obra que aquí se presenta, la biografía de John Locke firmada por Roger Woolhouse, antes de comenzar a exponer aquellos que considero los puntos fuertes y débiles de este trabajo —centrándome, sobre todo, en aquello que puede haber de interés para los politólogos— parece pertinente poner encima de la mesa la siguiente pregunta: ¿qué puede aportar una biografía al estudio de la historia de las ideas políticas? Puede haber muchas respuestas, pero una de las posibles nos la ofrece Unamuno en los primeros compases de la obra *Del sentimiento trágico de la vida*:

En las más de las historias de la filosofía que conozco se nos presenta a los sistemas como originándose los uno de los otros, y sus autores, los filósofos, apenas aparecen sino como meros pretextos. La íntima biografía de los filósofos, de los hombres que filosofaron ocupa un lugar secundario. Y es ella, sin embargo, esa íntima biografía la que más cosas nos explica¹.

Es cierto que cuando Unamuno hacía tal afirmación no pretendía sentar cátedra sobre la naturaleza de la historia de la teoría política. Más bien trataba de fundamentar su existencialismo en el individuo de carne y hueso. Sin embargo, la hondura de su reflexión nos invita a considerar la estrecha relación que existe entre las peripecias vitales de los gran-

des pensadores políticos y la enjundia de sus ideas. Es una invitación, además, cuya aplicación al ámbito de la teoría política no es baladí, pues en última instancia nos remite a la pregunta sobre el grado de importancia que debemos conceder al contexto —es decir, a la biografía— en el estudio de la misma. O, por concretarlo más, son unas palabras que aquí y ahora nos invitan a cuestionar el valor que la obra de Roger Woolhouse, profesor emérito en la Universidad de York, puede tener para los interesados en la historia del pensamiento político.

Hay, al menos, dos razones que hacen de esta biografía un producto interesante. La primera tiene que ver con el dominio que el autor demuestra a la hora de lidiar con la historia del pensamiento moderno. Locke fue un personaje dotado de una curiosidad extraordinaria cuyo interés para con todas las parcelas del saber no pasó desapercibida para sus contemporáneos. Así lo atestiguaba la carta de un colega suyo en la que se puede leer: “I believe you and your parts such that you may well be said to be *homo versatilis ingenii* (a man of versatile mind), and fitted for whatever you shall undertake” (p. 4)². Ciertamente, John Locke no sólo cultivó el pensamiento político. Se interesó por la filosofía pura, la economía, la medicina y la ciencia en general. Su aprendizaje se forjó en diálogo con la obra del empirismo inglés y la filosofía continental, y Roger Woolhouse,

¹ Miguel de UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, Alianza Editorial, Madrid, 2007, p. 22.

² [Creo que tú y tu talento son tales que bien podría decirse que eres un *homo versatilis ingenii* (hombre de mente versátil) y apto para cualquier tarea que te propongas].

experto en filosofía moderna y autor de trabajos sobre René Descartes, Baruch Spinoza o Gottfried Wilhelm von Leibniz, entre otros, logra hacer de la biografía de Locke la excusa perfecta para darnos un delicioso paseo por el pensamiento filosófico y científico del siglo diecisiete.

La segunda razón que convierte en atractiva la obra de Woolhouse es la posibilidad que ha tenido de contar con el valioso material que se ha publicado sobre John Locke en los últimos cincuenta años. Material, dicho sea de paso, con el que no pudo contar Maurice Cranston, autor de la que hasta hoy era la biografía de referencia obligada para los interesados en recabar información sobre la vida y obra del pensador inglés³. Como ocurre, por fortuna, con los clásicos, la cantidad de bibliografía a la que en las últimas décadas ha dado lugar la figura de John Locke ha sido variada y abundante. Dada la limitada extensión de esta presentación estaría fuera de lugar dedicar un apartado a comentarla. Sin embargo, merece la pena hacer una mención especial a dos trabajos cuya publicación supuso un antes y un después para los estudios lockeanos y que la obra de Woolhouse incluye. Se trata, de un lado, de la monumental edición de la correspondencia privada de Locke que se publicó a finales de los ochenta a cargo de Esmond S. De Beer y, del otro, de la edición crítica que Peter Laslett hizo de los *Two Treatises of Government* de Locke⁴. Dedicar unas líneas a los cambios que este trabajo de Peter Laslett introdujo en los estudios sobre

Locke nos servirán para enlazar con los puntos débiles del trabajo de Woolhouse.

En la década de los sesenta Peter Laslett sacó a la luz la edición crítica de los *Two Treatises of Government* de John Locke que con el tiempo se convertiría en canónica. Dado que los *Two Treatises* habían sido publicados por Locke sólo dos años después de la Revolución Gloriosa de 1688 que dio la corona inglesa a Guillermo de Orange, después de que éste hubiese aceptado la *Bill of Rights*, la interpretación clásica había hecho de ellos una legitimación teórica del liberalismo que encarnaba dicha revolución. Sin embargo Laslett demostraría, merced a sus indagaciones sobre la vida de Locke, que existían razones fundadas para defender que los *Two Treatises* habían sido escritos diez años antes, precisamente coincidiendo con el viraje hacia el absolutismo que caracterizó el reinado de Carlos II de Inglaterra a partir de 1680. El texto de Locke seguía siendo un alegato a favor del gobierno limitado —él mismo preparó la edición introduciendo cambios para ponerla al día con la intención de fundamentar teóricamente el acceso al trono del nuevo rey (pp. 275-276)—, pero lo reseñable es que la motivación que había presidido su escritura ya no era la misma. Lo que los estudios de Laslett revelaban era que los *Two Treatises* de Locke habían sido escritos en respuesta a la publicación del *Patriarcha, or the Natural Power of Kings* de Robert Filmer —publicado en 1680 pero cuya fecha de escritura, cuestión

³ Maurice CRANSTON, *John Locke: A Biography*, Longmans, London, 1957.

⁴ Esmond S. DE BEER (ed.), *The Correspondence of John Locke*, 8 vols., Clarendon Press, Oxford, 1976-1989; John LOCKE, *Two Treatises of Government*, A Critical Edition with an Introduction and Apparatus Criticus by Peter Laslett, Cambridge University Press, Cambridge, 1960.

debatida, se antoja anterior a 1640— en el que se defendía el derecho divino de los reyes para gobernar y refleja los intentos de Carlos I por afirmar la prerrogativa real frente al parlamento.

Es cierto que Roger Woolhouse recoge la valiosa aportación de Laslett a los estudios lockeanos en la sección que dedica a los *Two Treatises* (pp. 181-190). Pero no es menos cierto que quien se acerque a esta biografía interesado en la génesis y desarrollo del pensamiento político de John Locke —y más aún tratándose de su obra cumbre en materia política— echará de menos un desarrollo más pormenorizado de la cuestión. Pues a pesar de que se hace mención explícita a la íntima ligazón que une la obra de Filmer y la de Locke el lector se quedará, a buen seguro, con la sensación de que Woolhouse podía haber hilado más fino. Efectivamente tras la respuesta de Locke a Filmer no sólo está la convicción de un teórico que reacciona frente a argumentos que no tiene a bien compartir en una lid estrictamente académica. La redifusión de las ideas de Filmer cuatro décadas después de su escritura no fue casual y respondía a un intento del partido *tory* por afianzar una visión particular de la monarquía. Locke, en cambio, cuyo protector era el *whig* lord Shaftesbury, puso su pluma al servicio del bando opuesto. Lo interesante de la trama política que subyace al diálogo entre Filmer y Locke es que apunta a un movimiento fundamental en la historia del pensamiento político que tiene su origen en el surgimiento del parlamentarismo moderno. Y este movimiento no es otro que el paso de la filosofía política —entendida ésta como la disciplina sobre lo político de vocación normativa y no vinculada a la contingencia del mundo— a la ideología: es decir, a las

ideas al servicio de la acción política de un partido o actor determinado. Woolhouse pasa por alto estos matices que subyacen a la escritura de los *Two Treatises* de modo que su biografía pierde fuerza en ese punto como herramienta de trabajo. Y pierde fuerza, precisamente, porque al omitir parte del contexto que ayuda a entender que tras la conversación Filmer-Locke hay algo más que una disputa académica, Woolhouse se acerca a lo que Unamuno denunciaba como historia del pensamiento en la que se suceden los sistemas —pongamos aquí obras— en las que el autor —pongamos aquí sus vicisitudes políticas— son un mero pretexto.

Esta debilidad de los mimbres con los que la narración de la particular historia de los *Two Treatises* es trenzada no es sino una consecuencia directa de la apuesta que hace el autor por presentar a Locke no sólo como un autor político. De hecho, Woolhouse hace del adagio “a man of versatile mind” que arriba citábamos el frontispicio de su obra (p. 1) y trata, a través de él, de reforzar la imagen de Locke como filósofo, economista, médico y científico, entre otras ocupaciones. Obviamente se trata de una apuesta narrativa legítima, pero que provoca, en última instancia, que su importante papel como ideólogo del liberalismo inglés quede un tanto desdibujado. Lo que, de otra parte, no es óbice —ni mucho menos— para considerar esta biografía un gran dechado de erudición; un libro de gran utilidad para estudiar el contexto político y científico de la Inglaterra del siglo diecisiete; un instrumento indispensable para todos los interesados en estudiar a Locke y, por qué no decirlo, una agradable lectura.

JORGE DEL PALACIO MARTÍN